

EL MUNDO NATURAL: LOS MITOS DE LA FEMINIDAD EN LA *ÉGLOGA I* DE GARCILASO DE LA VEGA

Pedro Antonio Férrez Mora

Universidad de Murcia

La *Égloga I* de Garcilaso de la Vega es un ejemplo espléndido para comprobar el acierto y, por tanto, la validez de los supuestos que Northrop Frye estableció en la disciplina literaria alrededor del concepto de “sincronización”. Para él, las imágenes literarias no son meras copias de objetos del mundo real sino unidades de una estructura verbal a través de la cual la obra literaria consigue un ritmo narrativo global. En realidad, la literatura, como cualquier otro rito, nace del hermanamiento entre un organismo y los impulsos más significativos de su medio. Así, por ejemplo, los seres humanos con el objetivo de sincronizarnos con el medio físico en el que vivimos desarrollamos hábitos rituales y rutinarios que van desde el carácter mayoritariamente nocturno de nuestro sueño hasta la recogida y la siembra de las cosechas.

El mundo natural y sus cadencias es precisamente la fuerza motriz que configura y unifica el universo narrativo de esta primera égloga garcilasiana. Como primera muestra de esta hecho, podemos observar como Salicio y Nemoroso adecuan su actividad pastoril—quejarse amargamente de la

ausencia de la amada—al ciclo día-noche. Así con los primeros rayos de sol comenzaría el tormento del recuerdo del amor perdido:

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,
[...]

Se quejaba tan dulce y blandamente
como si estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía. [43-55]

Si junto con el alba llegan los lamentos,
el crepúsculo supone la vuelta del rebaño al
redil y el cese momentáneo, hasta la llegada
de la luz con la mañana, de tanto dolor como
los pastores despliegan por las riveras
del Tajo:

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueron acabadas
las canciones, que sólo el monte oía
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día. [408-13].

A la luz de todo lo dicho hasta ahora, no debe sorprender que la Madre Tierra se revele como el arquetipo principal que articula esta primera égloga, lo que determina a priori el carácter esencialmente femenino de lo que en ella sucede. En este sentido se puede trazar un decaimiento progresivo de los valores que Garcilaso asocia a la Madre Tierra: si la naturaleza para el enamorado se presenta como una madre piadosa y llena de bondad, la égloga, cuando el amor se convierte en decepción y desengaño, nos transporta a un medio físico desolado, dominio de una madre terrible y cruel, lleno de “abrojos” y “espinas”. Las siguientes citas reflejan claramente como el amor, o la ausencia de éste, catalizan el cambio de paradigma que sufre el mundo natural:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
[99-104]

Después que nos dejaste, nunca paxe
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y
mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía quitar en sólo vellas mil
enajos,
produce agora, en cambio, estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.
[296-309]

En el espectro que abren estas dos visiones contrapuestas del mundo natural, se sitúan los demás arquetipos presentes en el texto. Éstos son reelaboraciones a distintos niveles y, por lo tanto con distintas connotaciones, del espíritu telúrico que emana de la Madre Tierra. En general, esta égloga presenta la figura femenina como una fuente de desdicha para el amante. Todo es dolor alrededor de la mujer. Así, a través de ella, un mundo de claridad, henchido de primavera, acaba por convertirse en un erial baldío donde sólo se escucha el lamento constante del que sufre penas de amor. En suma, en la *Eglóga I* de Garcilaso la mujer es siempre fuente de dolor ya sea voluntariamente—Galatea—ya sea sin intención— la muerte de Elisa.

Galatea simboliza el lado más decadente y desagradecido de la naturaleza. Ella es la “femme fatale” por excelencia, la hechicera interesada que no duda ni un instante en abandonar a Salicio en pos del poder que otro hombre le ofrece: ¡Ay, cuán diferente era / y cuán de otra manera / lo que en tu falso pecho se escondía! [106-8]. Ella, “más dura que el mármol” [57] y “más helada que la nieve” [59] a las súplicas del pastor, supone el advenimiento del invierno tanto en la campiña pastoril como en el corazón de su amante. A través de ella también afloran en Salicio los aspectos más terroríficos del inconsciente humano: los presagios. De este modo, el desventurado pastor es pasto de terribles sueños que auguran ruinas:

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,

por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso, enajenado, iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

Esta sensación de desastre vinculada a Galatea también tiene un referente en el mundo físico como tal, que se enrarece llenándose de elementos negativos. Así, no sólo aparece en sueños un río que aparta su cauce del rebaño sino que “Bien claro con su voz me lo decía [a Salicio] / la siniestra corneja repitiendo la desventura mía” [109-111]. Además, se producen en este extraño “locus amoenus” hermanamientos que van en contra de la ley natural habitual:

La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido.
[161-165]

Inmediatamente después de estos versos, y en oposición al reino de Galatea, aparece el universo de Salicio, un lugar para la abundancia y la fertilidad que procura alimento y cobijo para los que allí viven: “Siempre de nueva leche en el verano / y en el invierno abundo; en mi majada / la manteca y el queso está sobrado” o “¿No sabes que sin cuento / buscan en el estío / mis ovejas el frío de Cuenca, y el Gobierno / del abrigado Estremo en el invierno?”. Éstas son glorias de un paraíso ardido que resaltan el estado de dolor en el que Salicio consume ahora sus días: ¡Qué vale el temor, si derritiendo / me estoy en llanto eterno!” [194-5]. El pesimismo se ha apoderado de su existencia y el futuro no trae perspecti-

vas mejores: una vez perdida la amada, “qué no se esperará de aquí adelante, / por difícil que sea y por incierto / O ¿qué discordia no será juntada?”, pregunta Salicio.

La desolación del pastor es compartida también por aquella facción de la Madre Tierra asociada con los aspectos más positivos del mundo natural, aquella parte del medio físico, como “la blanca Filomena”, que aún se mantiene en estado puro, que todavía no ha recibido o, que, resiste, el influjo que Galatea trae en sus besos:

Con llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
[196-206]

Por su parte, la “divina” Elisa es trasunto de la cara más afable de la Madre Tierra, vinculada tradicionalmente con los principios de la vida. De hecho, Elisa muere mientras daba a luz, acto de fertilidad por antonomasia: “Verte presente agora me parece / en aquel duro trance de Lucina” [371-2]. Sin embargo, la amada, aunque si proponérselo, sume a Nemoroso al morir en la más negra de las miserias. En este sentido, una vez más la figura femenina es causa de aflicción para el pastor. “Aquellos claros ojos”, “la mano delicada”, “los cabellos que vían / con gran desprecio el oro / como a menor tesoro”, “el blando pecho”, atributos que tanto solía celebrar el pastor “ya se encierran / por desventura mía, en la fría, desierta y dura tierra”, lo que ha dejado al desdichado Nemoroso “ciego sin lumbre en

cárcel tenebrosa”. Donde antes había luz, al luz dorada que desprendía la cabellera dorada de Elisa, ahora “se levanta la negra escuridad que el mundo cubre”. De nuevo se pasa pues del brillo primaveral a la tenebrosidad de los dominios del invierno. Tanto y tan fuerte es el dolor que el pastor siente que sus lamentos llegan incluso a la falacia patética:

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
[352-57]

A pesar de que Elisa sea descrita en términos de cuerpo celeste en la narración que las Piérides llevan a cabo de las desventuras de Nemoroso, también hay cabida aquí para la mujer terrible: la muerte, que deja tras de sí una estela de llanto y tinieblas. Al igual que Galatea, la dama negra llega a la calma de la escena pastoril y frustra a su antojo las muchas esperanzas que el amante se había forjado en torno a la amada.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle fresco el viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que habría de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
[282-287]

La muerte desatenta—“en mi corazón metió la mano / y de allí me llevó mi dulce prenda / que aquel era su nido y su morada”—se conceptualiza en la *Égloga* como una criatura caprichosa e inoportuna que se

toma la vida como un juego. Las alusiones a Diana funcionan también en esta dirección. Así Nemoroso le recrimina a la diosa que dejase perecer a Elisa por no interrumpir sus agradables divertimentos:

¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
[...]
¿Y tú, ingrata, riendo,
dejas morir mi bien ante los ojos?
[380-393]

En suma, la polaridad del mundo natural, expresada a través de las figuras femeninas, se constituye como la pieza principal del hilo narrativo de la *Égloga I* de Garcilaso de la Vega. Así en un universo donde el hombre parece no tener voluntad ni capacidad de decisión, la mujer por activa o por pasiva, asume la condición de motor del mundo pastoril renacentista. De igual modo, la mujer en esta obra literaria es la materia prima que genera el cambio en la vida del pastor enamorado. Es decir, por obra y gracia de su presencia—ausencia—, el devenir de Salicio y Nemoroso pasa de la abundancia de la floresta al escarnio de las malas yerbas y las espinas; de la luz a la tiniebla; en fin, del dominio del romance al de la tragedia. De este modo, cuando la dama alumbra con su sol la vida y el entorno del pastor, la vegetación es la típica del jardín del Edén, y el mundo animal se reduce a domésticas criaturas que rebosan dulzura: es el tiempo del romance. Sin embargo, cuando el amor, haciendo gala de su naturaleza perecedera, abandona a los pastores a su tormentosa suerte, la oscuridad cae sobre la vida cotidiana. El mundo animal se enrarece con serpientes y lobos; la frondosidad de la naturaleza comienza a decaer y acaba por convertirse en un puñado de ras-

trojos. Es el advenimiento del invierno de la tragedia.

A los pastores, pasto de tanta desgracia, no se les describe, a diferencia de la mujer, como entidades activas. El futuro que ellos desean para sí mismos es bastante negro y se reduce al exilio voluntario o a la muerte.

Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar donde me dejaste;
ven, si por sólo esto te detienes.
[...]
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.
[211-24] (Salicio a Galatea)

¿Por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo y verme libre pueda...?
[397-99] (Nemoroso a Elisa)

Ambos destinos son los más temidos por el ser humano pero, sin duda, son más llevaderos que consumirse en vida por el amor de una mujer perdida ¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

OBRAS CITADAS

Collins, Marie and Davis, Virginia (1992) *A Medieval Book of Seasons* (Glasgow: Harper Collins Publishers).

de la Vega, Garcilaso, (1999) *Poesía castellana completa*, ed. Consuelo Burell (Madrid: Ediciones Cátedra).

Frye, Northrop (1957) *The Anatomy of Criticism* (New Jersey: Pricenton University Press).

Gallego Morell, Antonio (2003) *El Renacimiento español: Garcilaso y Herrera* (Granada : Universidad de Granada).

Nak-Won, Choi (1988) *Garcilaso a lo divino* (Madrid : Universidad Complutense)

Prieto, Antonio (2002) *Imago vitae. Garcilaso y otros acercamientos al siglo XVI* (Málaga: Universidad de Málaga)

Rico Verdú, José (1988) *La innovación literaria del Renacimiento* (Madrid: Cincel)

Vaquero Serrano, María del Carmen (2002) *Garcilaso: poeta del amor, caballero de la guerra* (Madrid : Espasa Calpe).